



Margarita del Toro, 77 años.
Mercedes Álvarez San Román, 26 años.

El florecer de los recuerdos olvidados

Margarita del Toro regresa a su colegio, después de casi setenta años, en busca de la sala de música que le sirviera de refugio en guerra encontrándose, en el camino, con sensaciones de otros tiempos

Pelo corto que conserva la naturaleza que los años le han dejado sin pasar por tintes que oculten el paso del tiempo. Traje de chaqueta y falda a juego. Blusa naranja y zapatos de tacón. Pendientes y collar de perlas visten su rostro. Margarita del Toro mide un metro cincuenta: "Cuando recibí la Primera Comuni3n era la mayor en edad, porque durante la guerra no pude, pero la m1s bajita" explica.

Margarita acaba de cumplir 78 años. La lumbalgia que la acuciaba la semana anterior no le ha impedido regresar al colegio al que acudi3 hasta los once años. "¿Han venido otros ex alumnos?" pregunta. Sor Delfina, de tez blanca y con ojos claros y diminutos cubiertos por unas gafas, ataviada con un sayo monacal azul, contesta: "SÍ algunos. Vienen y miran". La que fuera estudiante del centro replica "¿Y han contado tanto como yo?"

Vida de barrio

En la calle Mes3n de Paredes 78 se yergue el edificio que alberga el colegio de San Alfonso, forrado de ladrillo visto, ventanas simétricas y enrejado negro. Hoy, en régimen de concertado; en la niñez de Margarita se distinguía a los alumnos entre los de pago y los gratuitos. Ella, hija de los porteros de la fábrica de medallas Casa Feu, situada enfrente del colegio, entraba por la puerta dedicada a las niñas que no podían costearse los estudios. Patios separados, al igual que entrada y aulas diferentes marcaban las distancias entre las dos condiciones.

Al estallar la Guerra Civil, en 1936, y Madrid aún republicano, el centro de enseñaanza, gestionado por las Hermanas de la Caridad, fue convertido en hospital. "A las monjas las echaron, pobrecillas" exclama Margarita. Efectos militares como insignias, botones, placas y galones eran algunos de los productos que habían sustituido a las medallas en Casa Feu. A pesar del revuelo, la familia del Toro siguió viviendo en el número 75 de



la calle Mesón de Paredes. Ella tenía ocho años cuando España empezó a bañarse en un charco de sangre. El padre, Dionisio del Toro, voluntario a la fuerza en el frente republicano. Estéfana López, la madre, a cargo de siete hijos: el primero, varón, seguido de seis niñas. “Era tal el ruido que hacían las máquinas de la fábrica que había un hombre que se encargaba de avisar cuando veía acercarse a los aviones. Los niños lo llamábamos el señor del pito, ¡como no podía ser de otra manera!” cuenta Margarita. Lo que las monjas utilizaban como sala de música, por el espesor de sus muros de carga, se convirtió en refugio antibombas. A él acudían vecinos del barrio de Lavapiés, así como obreros de la fábrica, en los frecuentes ataques que sufrían las calles de Madrid: “En ocasiones, los aviones venían más de dos veces por semana”. Asegura que, hacia el fin del conflicto, acabaron por llevar colchones para pasar las noches allí.

Bombardeo a mediodía

Uno de esos días, cuando todavía hacía calor (“no tuvimos que coger una chaqueta”), a mediodía, el señor del pito utilizó el instrumento que le daba el nombre. Los porteros de Casa Feu se levantaron para cruzar al refugio. Margarita explica: “Me acuerdo de salir con el cuenco de lentejas porque, aquel día, nos pilló comiendo”. En la antigua sala de música, la familia del Toro López escuchaba el ruido silenciado de los aviones nacionales. La principal preocupación, a la vuelta, era encontrar a la Cirila, una perra “baja y parda” que se había quedado en la vivienda. “Cuando entramos la encontramos cubierta de escombros y los cachorrines debajo de ella. Acababa de parir”, recuerda Margarita mientras desvía la mirada hacia el techo y se dibuja una sonrisa en su rostro, “Ninguno se había muerto”. En el comedor, una tubería arrojaba agua por la fisura. Un obús acechaba en el lecho donde el bebé solía pasar el día. La hermana más pequeña tenía menos de un año y dormía en la habitación de los padres en una cama de hierro negra compartida, por las noches, con Margarita y otro hermano, además de la madre. “Era una niña preciosa, la alegría de la casa. Morena, con los ojos claros, el pelo rizado,... una muñeca”. Margarita cuenta: “Cuando volvimos vimos los perritos, el destrozo, lo que habría podido pasarle a la niña... ¡un cuadro!”. Los obreros se encargaron de borrar la incursión, aquel día, de la guerra en la familia. Enrollaron el artefacto en el colchón y se lo llevaron. “No sé qué hicieron con él. Yo, en aquel momento, no sabía exactamente lo que era un obús, supuse que se trataba de una bomba”. También arreglaron la tubería, regalándole un envoltorio de yeso, puesto que antes corría desnuda junto a la pared.



Una parienta lejana de la familia, vecina también de la calle Mesón de Paredes, se acercó a la fábrica para interesarse por los daños que el bombardeo hubiera podido causar. Margarita recuerda: “Al conocer lo que había pasado, nos propuso hacer guirlache para celebrar que estábamos todos bien”.

Regreso como visitante

Setenta años después, vuelve a su colegio a buscar la sala de música. Renovado en distintas ocasiones, no consigue identificar el lugar que albergaba el aula. Sor Delfina, la conserje, es quinta de Margarita: “¡No parece usted de antes de la guerra!” exclama la religiosa. Los derroteros de la conversación de las dos mujeres las llevan a un lugar común: la Maternidad de Mesón de Paredes 64. Coincidieron en el tiempo y en el espacio, en el nacimiento de los hijos de Margarita. La monja trabajó allí en esos años y, desde hace catorce, en el colegio. No tiene constancia de que hubiera sido refugio ni de que hubiera albergado un hospital. Lo único de lo que ha oído hablar es de Casa Feu. En su lugar se han construido “unos pisos modernos”. Nada queda de la habitación por cuya ventana María, una amiga de Margarita que vivía en la fábrica de galletas, le pasaba los recortes de la producción. Ni del “ventanuco” que se asomaba al taller por el que Estéfana avisaba a su hijo de que la comida estaba preparada, con la contraseña de doblar el pico del visillo. Tampoco pervive la joyería de la calle Tribulete, donde los últimos pendientes que arregló el dependiente, antes de ser asesinado por unos atracadores, fueron los de Margarita.

Al ser los únicos residentes en la fábrica, la comunidad de Mesón de Paredes 78 les había “adoptado” como unos vecinos más para fiestas y actos sociales. Ahora en sus buzones se leen nombres marroquíes y chinos y se oye hablar un español con dejes caribeños. Los tradicionales negocios de ultramarinos han dado paso a locutorios y tiendas de “Todo a cien”. En el patio del colegio de San Alfonso, los chicos que se entrenan a las cinco de la tarde, cuando Margarita fue a desenterrar sus años de infancia, tienen todos rasgos orientales.

La visitante de otros tiempos le confiesa a Sor Delfina: “He estado recordando y... entra una cosa...”. Este barrio de Lavapiés entraña recuerdos y experiencias, como las de Margarita del Toro, cuyos muros y adoquines se encargan de conservar en silencio.



La caja de Pandora ha dejado escapar por unos instantes emociones y sensaciones atrapadas en lo más profundo de la memoria.





Lo importante de la vida

Margarita del Toro nació en Madrid. Lavapiés la vio crecer, Campamento conoció sus primeros años de matrimonio y San Cristóbal de los Ángeles ha disfrutado de sus hijos y es el hogar de su madurez y experiencia. Perteneciente a una familia numerosa, ella asegura “haber cumplido” siendo madre de seis niños.

Siete hermanos fueron los que sobrevivieron, de los cuales ella es la segunda mayor. Dos niñas, de cinco y siete años, murieron días antes de que acabara la guerra. Al padre no le dieron la noticia. Cuando Dionisio regresó, le preguntó a una tía de su esposa: “¿Dónde está mi mujer?” A lo que su cónyuge, que estaba presenciando la escena, contestó: “Pero, ¿no me conoces?”. Había adelgazado veinte kilos durante la Guerra Civil a pesar de los paquetes de legumbres que el marido filtraba del frente y hacía llegar a través del cabo furriel. Margarita relata que su padre empezó a buscar a las niñas: “Cuando se enteró de lo que había pasado, nos abrazamos todos y no hacíamos más que llorar”.

En el año 1946 murió Dionisio, dejando a la madre con 38 años y ocho hijos. Sobreviviría, viuda, hasta los noventa. Margarita tenía dieciocho años y ya llevaba tres de novia con Manolo, que ha sido el único novio que ha tenido en su vida. Cuando ella trabajaba en el taller de modistas sus compañeras le preguntaban cómo era “ese Manolo”, a lo que ella respondía: “Alto, fuerte, con ojos grandes, moreno, de pelo rizado, serio pero simpático, el más guapo de todos los amigos.” Pasado el tiempo se dio cuenta que de alto tenía poco, porque medía un metro y sesenta y cuatro, y el tiempo hizo que la fortaleza viniera a menos. Tras once años de noviazgo, “de los de antes”, superado el servicio militar y con el ajuar preparado, se casaron el 13 de mayo de 1954.

Querían tener cuatro hijos, dos varones y dos mujeres. Los primeros en nacer fueron todos niños, ellas habrían de venir al mundo en la quinta y sexta posición. Cuando todos estuvieron casados, Manolo le dijo: “Ya estamos como al principio, pero con más experiencia. Ahora, ¡a seguir viviendo lo mejor que podamos!” No habría de pasar un año cuando su marido falleció, hace ya trece años. “Me arrepiento de las discusiones tontas que teníamos” confiesa.



Viuda y con seis hijos pasa sus tardes en el Centro de Mayores "María Zambrano". Entretenida en las clases de pintura, gimnasia, cultura, natación y memoria, aprovecha para dedicarse a sí misma. "Empecé a venir para mejorar la ortografía y ahora he hecho muy buenas amigas" comenta. "Ellas me dicen que soy rara por no querer tener un plan con un hombre" cuenta Margarita y se pregunta "¿qué viuda no tiene ocasión de uno?"

Ella mantiene vivo el recuerdo de Manolo, su Manolo, vecino del barrio, con el que empezó a compartir sus vivencias un 13 de junio de 1943, día de San Antonio. "Volvería a vivir otra vez la vida que he tenido" asegura Margarita. "Lo único que cambiaría sería que Manolo siguiera conmigo".



DOCUMENTOS ADJUNTOS

- Fotografía 1: Margarita recuerda la entrada al colegio por la calle Provisiones de las alumnas gratuitas. (Foto: Mercedes Álvarez)
- Fotografía 2: Margarita conversa con Sor Delfina mientras unos niños juegan en el patio del colegio. (Foto: Mercedes Álvarez)
- Fotografía 3: Nota: Ver el sobre con los documentos entregado en el Centro de Mayores "María Zambrano" porque la imagen de la boda de Margarita y Manolo no se encuentra en formato digital.
- Fotografía 4: Margarita acompañada por la mayoría de sus hijos y nietos el día de su 78 cumpleaños. (Foto: Manuel Morillo)